

Las seis de la tarde

DESDE HACE AÑOS, Cooper está prisionero de una tarde. No puede evitarlo. Vaya donde vaya, se detenga donde se detenga, lleva consigo su tarde. Esté en la mesa con amigos, o en el banco en una reunión de trabajo, siempre llega un momento en que, seguramente debido a un proceso de fijación que se le escapa, regresa a su tarde. No debe sorprender que el vivir de continuo con esa presencia, acarree consecuencias en relación con la realidad circundante, pues hay que estar en todo momento alerta, sabiendo que otros antes que él se han dejado en cosas así la salud mental. Por eso Cooper extrema las precauciones; lo cual no le impide hablar sólo de cuando en cuando y decir en voz alta, por ejemplo: *Ya se verá la próxima vez*, como si se lo dijera a su tarde.

Curiosamente, en esa tarde interior son siempre las seis. Se trata de una unidad temporal a la vez breve e indefinidamente repetida. Porque Cooper sólo recuerda esa hora.

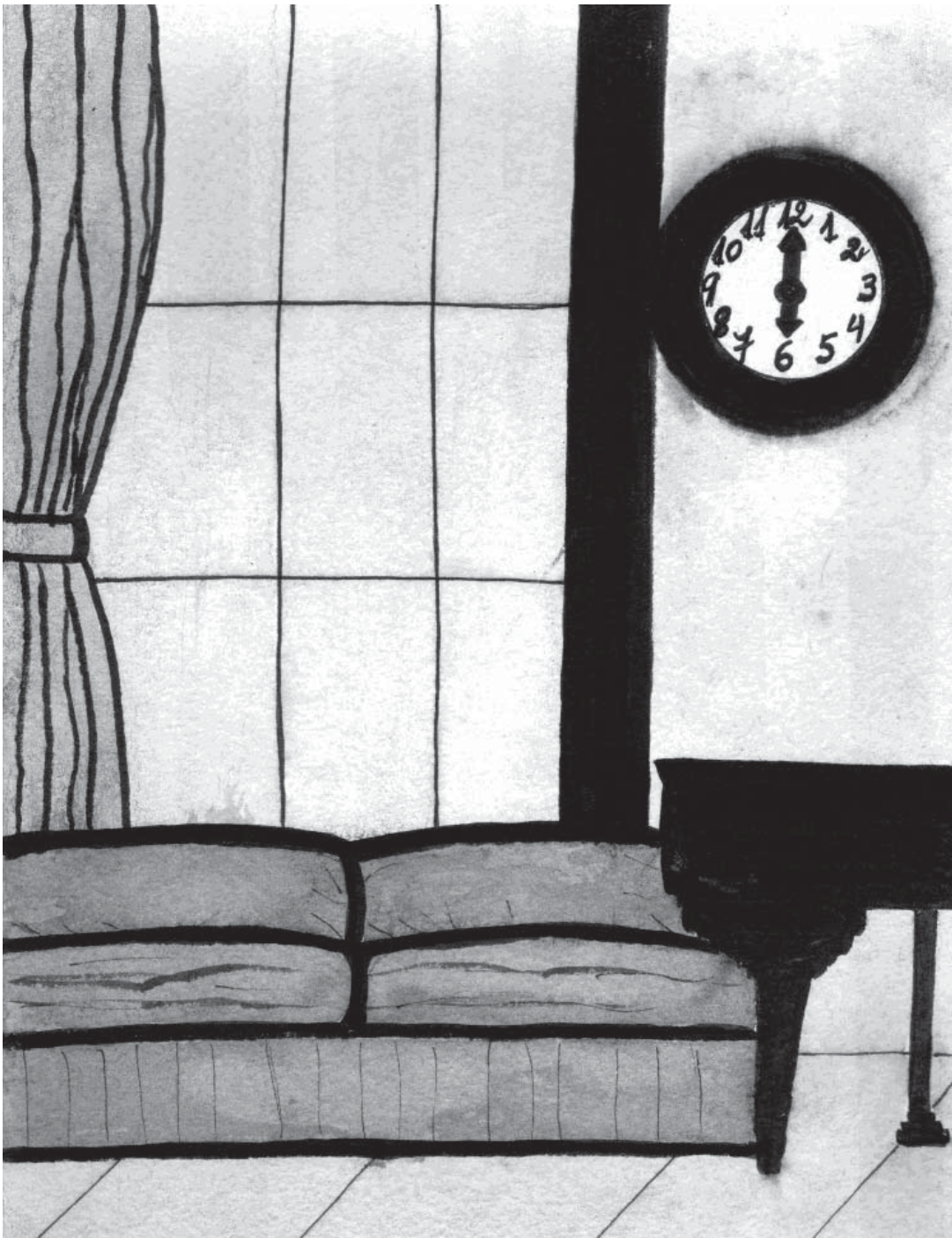
Ambos, su hermana y él, estaban sentados en el asiento trasero de un coche que circulaba con las ventanas bajadas, en una carretera solitaria entre campos de trigo maduro. Al volante, un amigo de sus primos, un tal François o Francis, cuyo rostro han ido borrando los años, al igual que el rostro del pasajero sentado a su lado. Mientras, todo lo demás, el paisaje, el coche, los retrovisores brillantes, las nubes inmóviles encima de sus cabezas, ha permanecido esculpido en la materia de esa tarde concreta.

En un momento dado, se detuvieron en la cuneta, pues el amigo de los primos y el pasajero querían echar un vistazo a unas obras, y Cooper y su hermana esperaron dentro del coche, con las puertas abiertas para que entrara un poco de aire. Louise acabó amodorrándose junto a él, tan desnuda en su vestidito blanco de algodón que Cooper no se atrevía a moverse. Hoy, cuando regresa a su tarde, todavía nota en sus brazos el peso del cuerpo dormido. Cooper no sabía en ese momento, mientras ponía la barbilla sobre el pelo de su hermana, que su obsesión, empezada hacía tanto

tiempo, acaba de cristalizarse y que nunca lograría deshacerse de ella.

De hecho, ni siquiera lo intentó.

Por eso, años después, cuando Louise lo ha olvidado todo y hasta pretende que se trata de algo inventado, su hermano cruza la calle debajo de su casa, con la cartera en la mano, liso, sonriente e impersonal como si se hubiera convertido en una tarde.



El inquilino clandestino

EL APARTAMENTO DE COOPER —dos veces demasiado grande para él— está situado en el penúltimo piso de un edificio de hormigón armado, luminoso y triste al mismo tiempo, con cristaleras que iluminan el cemento de la escalera y amplifican la sensación de vacío. La entrada da, por el lado de la calle, a un amplio salón, curiosamente amueblado con un tresillo convertible, una televisión y un piano de cola; mientras por el lado del patio hay tres habitaciones, de dimensiones sensiblemente parecidas, distribuidas por un pasillo en forma de L. La primera, transformada en oficina, está repleta de estanterías, de cajas, de pilas de revistas y de un gran ordenador instalado sobre una mesa de cristal. De modo que, en comparación, el dormitorio propiamente dicho parece de

una simplicidad franciscana: una cama, un armario, una silla de enea; fin del inventario. La habitación del fondo —donde nadie tiene derecho a entrar— es la habitación de su hermana, al menos la que ocupaba antes, cuando dormía en la casa. Todo está escrupulosamente tal y como ella lo dejó. Los muebles, los libros, los discos, y hasta la ropa (sus zapatillas de deporte, sus pantalones de verano, sus vestiditos de algodón blanco), que permanece colgada en perchas, a la espera de tiempos mejores.

Quizá por efecto de contagio impera en todas las habitaciones un silencio perturbador, algo fantasmal. Dado que casi siempre las cortinas están corridas, escasea la iluminación y ninguna visita toca nunca al timbre, el apartamento podría perfectamente estar ocupado por un inquilino clandestino o por un huésped ocasional que, por razones sólo de él conocidas, quisiera preservar celosamente su independencia.

Esto no sorprende nada en alguien como Cooper. Debido a la nebulosa de anonimato en la que vive desde hace años y a los esfuerzos que hace por pasar inadvertido, la mayoría de los vecinos del edificio ignoran todavía cómo se llama o le confunden regularmente con el inquilino del primero o con el de la planta baja.

Es significativo de los pocos contactos que Cooper ha anudado en la finca. Alguna interacción de vez en cuando con la vecina del quinto, una paradita a veces ante la caseta de la portera, Madame Jankovic, quien además de sus funciones oficiales es un personaje muy notable del barrio. Con sus brazos negros y su eterna blusa de nylon, hay en efecto algo tan auténtico que uno casi esperaría encontrarla en el Museo de las Artes y las Tradiciones Populares bajo la mención: *Portera de edificio de finales del siglo xx*. De todos modos, Cooper —ya sea por elección estética o por mero pragmatismo— nunca desaprovecha la ocasión de hacerle un cumplido o de intercambiar un par de frases con su marido.

Por lo demás, ahí se acaba todo, a pesar de una disposición natural que, sin llegar al compadreo con los vecinos, le empuja más bien a ser amable y servicial con todo el mundo. Pero por culpa de su secreto —por cierto, su única vida poética— nada será nunca sencillo para él y su vida social se asemejará a un perpetuo malentendido.

Los relatos de Chéjov

LA ÚLTIMA VEZ QUE SU HERMANA LO LLAMÓ fue en diciembre. Cooper estaba en cama con bronquitis. Ella le anunció que estaba viviendo en casa de una amiga en Vancouver, en Canadá, y que por fin había encontrado trabajo de fotógrafa en una agencia de arquitectura. Durante meses, a pesar de su diploma en Bellas Artes, había hecho encuestas telefónicas, ventas promocionales en hipermercados y hasta distribuido prospectos en los buzones. Ahora podía respirar tranquila. Su hermano, también.

Resulta impresionante constatar hasta qué punto respiraba mejor cuando hablaba con ella por teléfono.

En un momento dado —el detalle le sorprendió—, ella le dijo que llamaba desde la cocina y que llevaba unas gafas

de sol, porque había una luz increíble en la casa; debido a su vínculo orgánico, Cooper se sintió de lo más reconfortado metidito en su cama.

También le comentó que Vancouver olía a leche infantil, a cocina china y a pino mediterráneo, y que si un día iba y se instalaba en su casa —no lo pensaba ni por asomo, claro—, vivirían los dos a tiro de piedra de una playa enorme donde podrían tomar baños de sol y permanecer jóvenes durante décadas. Él se vio obligado a decirle que aún no se sentía demasiado viejo y que esperaba que de aquí a entonces ella hubiera vuelto. Sin embargo, ella pareció no darse por enterada pues empalmó diciéndole que había leído una novela de Jane Austen, unos poemas de Cavafis y que en ese mismo momento estaba relejendo los relatos de Chéjov, como cada invierno.

Cooper lo recordaba muy bien; incluso ésa era la manera que tenía él de saber que era invierno. No se atrevió a preguntarle si se acordaba a veces de aquella época; ella habría pensado que estaba triste.

Cuando él la volvió a llamar un par de días después al número que le había dado, se topó con un contestador automático y una voz americana, y casi estuvo a punto de colgar.

Por fin, dijo simplemente: «Date prisa en volver, hace tres años que no hay invierno».

La fuerza de la espera

COOPER NO COMENTÓ A NADIE ESTA LLAMADA. Un hombre que se pasa la vida esperando a su hermana es tan incongruente y desconcertante como un hombre que caminara por el techo. Se convierte inevitablemente en tema de preocupación para su entorno, y no se deja pasar la ocasión de preguntarle si sigue esperando o si necesita algo, como si se tratara de una enfermedad. Sin hablar de ciertas alusiones más o menos hirientes, frente a las que no puede siquiera defenderse, puesto que las razones de su conducta sólo conciernen a su hermana y a él.

Cooper, que no es de los que les gusta hacer alarde de su manera de ser atípica, prefiere en ese caso esbozar una sonrisa y pasar turno cuando se le piden noticias sobre su hermana

Louise; un poco a la manera de alguien que hubiera recibido consignas de *black-out* y que las respetara al pie de la letra. Y si de verdad se le insiste, acaba contestando con un *Todo bien, gracias*, que suele poner punto final a la conversación. A Cooper se le conoce como el Mutis.

Por mucho que sus amigos le hagan toda clase de confidencias en relación con sus amantes, sus esposas o hijos, él nunca les da nada a cambio. Este gusto por el secreto, que lleva aparejado el del enclaustramiento, viene de lejos. Hasta el extremo de que la mayoría de sus compañeros de instituto no vieron jamás a Louise. Y aquellos que tuvieron la mala ocurrencia de quejarse, todavía tuvieron menos oportunidad de conocerla; Cooper se felicita hoy en día de tal cosa, ya que si además de esperar a su hermana debiera cada semana publicar un comunicado, tamaña empresa quedaría más allá de sus fuerzas.

Obligado por las circunstancias a protegerse de los demás, Cooper ha aprendido a ser lo más discreto posible, lo más estadísticamente normal, desvelando de sí mismo lo mínimo imprescindible y evitando cuidadosamente todo cuanto pudiera transparentar la idea fija que lo habita. Como resultado, la mayor parte de los colegas de trabajo y vecinos del

edificio nunca han sospechado que ese hombre calvo y alto, ni joven ni viejo, de aspecto un poco envarado, pudiera vivir semejante aventura interior.

Pues esperar, como lo hace desde hace años, no tiene nada de anodino. Aunque Cooper cultive ampliamente su faceta «paspartú», su apariencia dócil y más bien insignificante, la espera que lo habita no por ello deja de ser un acto de insubordinación, una forma de anarquía modesta pero determinada, con todo lo que esto supone de resistencia a los modelos de comportamiento colectivo y de cuestionamiento de las categorías morales en vigor. De ahí que el teléfono pueda sonar en el vacío meses y meses, que sus mensajes queden sin respuesta, que su hermana pueda haber olvidado su existencia, que sus amigos se rían a su costa y que él vuelva a encamarse por culpa de la ciática; pero todo eso no hará que modifique ni un ápice su línea de conducta. Nada ni nadie le impedirán que espere. Y aunque le ataran dentro de un saco con una piedra dentro y le echasen al fondo de un estanque, su espera le haría reflotar hasta la superficie.

Las invitaciones

CON ALGUNA QUE OTRA EXCEPCIÓN, los amigos de juventud de Cooper —ellos no están esperando a nadie— se han convertido en mánagers o analistas financieros y ganan dos o tres veces más que él, motivo por el que le encuentran mucho más sentido a la vida. Por lo general, se han casado con una muchacha deportista y con estudios, han fundado una descendencia, y con los primeros ahorros se han comprado una casa en el campo, mientras que para las vacaciones disponen de casas familiares, de villas al borde del mar, de chalets en la montaña en donde pueden hospedarse fácilmente quince o veinte personas, pero —qué casualidad—, donde nunca hay sitio para Cooper. Algunos, sin decirlo abiertamente, preferirían romperse una pierna antes que pasar las vacaciones con él.

De vez en cuando, en París le invitan a su casa los Picart o los Choukroun, más excepcionalmente los Trotignon, pero se nota perfectamente —él lo nota perfectamente— que se trata más de un culto al pasado y a sus años estudiantiles que una señal de auténtico afecto.

Y eso que él es el amigo más fiel y disponible que pueda imaginarse, y que nunca ha deseado a la mujer del prójimo, ni dicho maldades sobre nadie, y que su esmero hace que llame en cada cumpleaños y celebración familiar; mientras ellos no sólo no le llaman nunca sino que hacen decir a sus hijos al teléfono que no están en casa.

Así pues, cabe deducir que molesta. Su particular manera de vivir, sus complicaciones, sus silencios, sus perpetuos misterios crean sin duda a su alrededor un malestar, y seguro que han acabado desalentando a la gente mejor predisuelta respecto a él. Ya que, por si fuera poco, Cooper sabe que es aburrido. Pero lo ha aceptado, pues él mismo es hijo y nieto de gente insípida que se aburría constantemente, incluso durante los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial.

No se puede decir que Cooper no tenga conversación —a pesar de que son pocas las veces en que abre la boca—, pero en cuanto se pone locuaz, con la ayuda del vino, se muestra

tan extrañamente desprovisto de sentido del humor como un androide que recitase chistes de dudoso gusto. Y eso cuando no le da por disertar sobre Chéjov.

Sin embargo, Cooper tenía antes sentido del humor, como todo el mundo. Pero un día, después de la partida de su hermana, ya sea por gusto provocador o acusando la soledad, se puso a contar historias penosas riéndose solo. Eran casi siempre anécdotas de su vida estudiantil en las que no salía bien parado. Las cuenta complacido, empeñado en ese ejercicio de autodenigramiento, con sus detalles más mortificantes, sin percatarse de que violentan a los que le escuchan y que estas historias le difaman gravemente al tiempo que comprometen a los demás. A Chouckroun, concretamente, no le hace ni pizca de gracia que se le recuerde que fue obeso e inapto para correr, y a Picart todavía le gusta menos que se saque a colación la historia de su fracaso con Ingrid y el coma etílico que aquello tuvo como consecuencia. Apenas la anfitriona toma la iniciativa y trata de salvar lo salvable, por lo general los invitados ya han huido a escape como si estuvieran cayendo chuzos de punta dentro de la casa.

Sólo se queda Cooper, que bajo el influjo de la bebida se duerme en el salón o bien se encierra con llave en el la-

vabo negándose a marcharse. Por supuesto, esto desata de inmediato la alarma, la consternación, el miedo al escándalo: un enajenado amenaza con instalarse en los servicios de los Trottignon si no le devuelven a su hermana. Tras duras negociaciones a través de la puerta, Cooper acabará saliendo, como siempre, y los anfitriones, divididos entre el enfado y el alivio, se darán mucha prisa en meterlo como sea dentro de un taxi.

Las actividades compulsivas

CUANDO COOPER VUELVE DE SU TRABAJO, totalmente enfrascado en su monomanía, sigue desde hace años el mismo itinerario, pasa por las mismas calles, camina siempre por el mismo lado y se detiene invariablemente frente a los mismos comercios, empezando por el del señor Wong, el dueño de la tienda de *delicatessen*. A veces —y esto es la única variante que se permite—, en vez de torcer a la izquierda, a la altura de la tienda de deportes, sigue derecho en dirección al Ayuntamiento, hasta una plazoleta de aspecto provinciano, con su surtidor y su explanada, donde se relaja los días en que hace bueno. Entonces se queda un ratito leyendo el diario en un banco, de una manera tan discreta y anodina que la señora sentada a su lado juraría

luego que no había nadie. Y no es que busque en absoluto esconderse —como tampoco busca hacerse notar—, pero su manera de estar tan impersonal parece haberle vuelto transparente.

Por la tarde, sube las escaleras de su casa de una manera igualmente impersonal y, una vez enfundado en su vieja camiseta, empieza una serie de estiramientos, ya que el ejercicio de esperar exige igual rigor y método que si se tratara de una disciplina deportiva, disciplina poco común, pero en definitiva no más aburrida que el lanzamiento de peso o el hockey sobre hierba. Y es que, tras años de negación obstinada de su corporeidad, estos entrenamientos regulares tienen al menos una función reparadora.

Cooper, que es una persona totalmente frugal, cena luego un tazón de arroz y una sopa de soja —a veces, un *chop suey*—, que recalienta en el microondas e ingurgita en un rincón de la mesa, incluso a veces de pie, para acabar cuanto antes. Mientras se dedica en solitario a sus actividades manducatorias, aprovecha para consultar el correo electrónico, no fuera a ser que su hermana le anunciase que ha acabado de leer a Chéjov y que pronto estará de regreso. Soñar no está prohibido. En cambio, suele encontrar casi

siempre publicidades, mensajes profesionales y notitas de sus colegas con mal de amores, que acaba borrando con todo lo demás después de un momento de vacilación.

La práctica de la música forma parte también, para Cooper, de esas actividades compulsivas y de esos ritos propiciatorios con los que alimenta su espera. A las nueve en punto de la noche se planta delante del piano, al igual que el Capitán Nemo ante su armonio, y empieza a tocar sus baladas y sonatas preferidas, haciendo resonar en toda la finca y hasta en el patio —es la única vez que lo oyen sus vecinos— las poderosas armonías del amor que vive sin vivir en sí...

Después, una vez cerrado el piano, el silencio vuelve en seguida a apoderarse del apartamento. Ya sólo se distingue el crujir de los árboles y el resonar de los pasos en la acera. Es el momento en que a Cooper, quien seguramente tomará ansiolíticos y somníferos por los siglos de los siglos, le gusta instalarse junto a la ventana para fumarse un purito, mientras aguarda que hagan efecto las pastillas. En la plaza de enfrente hay un café cerrado y la persiana metálica bajada en la que unos jóvenes han pintado con spray: NO FUTURE. No piensan ellos, ni por asomo, que eso un día formará parte del pasado.

Y al mismo tiempo, Cooper se pregunta en el fondo de sí mismo si él no opina lo mismo que ellos.



VANCOUVER

PARIS

NEW YORK

PARIS

NO
FUTURE

La extensión del desierto

COOPER, TRABAJADOR ORDINARIO DEL SECTOR TERCIARIO, pasa la mayor parte del tiempo encerrado en una oficina frente a una pantalla de ordenador. En otras épocas, hubiera podido ser un eclesiástico de lo más presentable o un austero sabio de luengas barbas. Si no hubiera tenido la mala idea de equivocarse de corredor temporal y aparecer en la segunda mitad del siglo xx en la clínica de Nogent-sur-Marne. Después de haber acariciado tímidamente el sueño de convertirse en orientalista, decidió finalmente, por razones demasiado largas de contar, iniciar unos estudios en ciencias económicas, y acabó como analista financiero en la sede de un banco de París. Dicho lo cual, poco más cabe añadir. Y es que su cargo de analista financiero es más un puesto de circunstan-

cias que un destino personal; lo que explica seguramente su carrera con tantos claroscuros.

Al principio, sin embargo, los jefes le halagaban, lo mimaban, poniéndole de ejemplo. Todo parecía poco para ese joven fichaje tan prometedor: las felicitaciones, las primas, los ascensos inesperados. Hasta el punto de que tanta aprobación plebiscitaria le violentaba a veces, haciéndole presentir las dificultades que sin duda esto acabaría acarreándole.

Poco dotado para las relaciones públicas, Cooper, al cabo de unos meses, ya tenía en su contra a buena parte de los colegas, y en algunos servicios hasta era objeto de una animadversión generalizada por ser el preferido de la dirección y porque el modo un tanto rígido de proteger su intimidad pasaba por no ser más que pura suficiencia. En efecto, a Cooper los chistes de sus colegas rara vez le divertían, ni le interesaba la Fórmula 1 o las regatas de grandes yates, y huía al máximo de las conversaciones en el autoservicio sobre los últimos estrenos teatrales —que es la cultura general de las cantinas— o sobre la exposición de Monet en el Grand Palais. De modo y manera que, desde sus inicios en la empresa, se había ganado una fama de gruñón y hasta de depresivo crónico, lo cual, aparte de desacreditarlo, le desquiciaba su amor propio.

Pero también tenía, todo hay que decirlo, un puñado de aliados, que tomaban abiertamente su defensa y denunciaban las insinuaciones calumniosas de las que era víctima su compañero. Así, con los dos campos bombardeándose por turnos, Cooper andaba despavorido en pleno fuego cruzado, con las manos en la testa, como en el juego de «balón prisionero». El grupo de «lealistas» lo conformaba principalmente Deniseau, Masséna, Di Cano, Leroy-Pontville y Nicole Cazotte, la eterna vestal del sector bancario (un caso aparte, por cierto). Es decir, el equivalente de una pequeña formación política que nunca accederá a ningún cargo de responsabilidad. Por ello, la situación de Cooper lógicamente se resintió.

En las altas esferas, surgían más y más interrogantes acerca de ese muchacho a todas luces caracterial. El nombramiento de un nuevo director, las maniobras de los unos y los otros, a lo que se añadía su propio bajón moral como consecuencia de la partida de su hermana, hicieron el resto. Las ambiciones de Cooper duraron lo que dura la juventud. No tenía aún cuarenta años y su carrera profesional ya se caía a pedacitos.

Hacía tiempo que las aportaciones de Cooper, sus esquemas e hipótesis, no suscitaban el menor interés, y las reco-

mendaciones con las que acababa cada uno de sus informes dejaron de orientar las políticas de sus superiores. De vez en cuando, todavía se le habla de una prima o de un ascenso, sin que lleguen a materializarse nunca. Y si alguna vez aún lo sacan de su armario para mostrarlo a los accionistas no es sino para devolverlo al armario una vez acabada la reunión. Con lo cual ha tenido que ir abandonando los expedientes más interesantes y gratificantes, mientras todo lo demás, el trabajo que nadie quiere, los rompecabezas estadísticos y las actas ilegibles se le amontonan ahora encima de la mesa.

En realidad, lo quiera o no, Cooper se ha quedado definitivamente fuera de juego y el desierto empieza a rodearle por todas partes. A veces, y aunque ya está dispuesto a empezar una existencia de ermita con un león a los pies, suena de repente el teléfono en el vacío de la tarde y la voz de Paloma Pomeau —que, por raro que parezca, no es una bailarina del Crazy Horse— le conmina para que le lleve sin tardanza tal o cual expediente, que, en general, él ha olvidado por completo. Nada de lo que sentirse orgulloso, la verdad. Pero como quiere seguir siendo un irreprochable, se pone de inmediato al ordenador, sin pensar en nada más —su hermana es tema vedado en la oficina— e intenta hacerse una idea clara y precisa del

contenido del expediente de marras. Lo demás, la apreciación de los datos, la nota de síntesis, son en principio cosa de media hora. Así que resulta, a pesar de su inactividad forzosa, que Cooper no ha perdido del todo la mano.

La cafetería

PARA MEDIR SU AISLAMIENTO basta con observar a Cooper en la cafetería hacia las diez u once de la mañana, cuando todo el personal del banco se congrega allí para un ratito de cháchara. El lugar, con su linóleo, sus cristales polvorientos, su iluminación de supermercado, no es ciertamente de lo más atractivo, y los colegas, sentados alrededor de la máquina del café, tienen en su mayoría ese aspecto uniforme y vagamente estereotipado de los muñequitos de Playmobil —la secretaria rubia, el cambista con el pelo cortado a cepillo, el jefe de oficina con gafas de culo de botella—, pero al menos hablan, se divierten, se dan besos, en un ambiente de competición sexual muy *fair play*, mientras Cooper, agorafóbico, se queda encogido en un rincón, con

su vasito en el regazo. A menudo está junto a Deniseau y a veces con Nicole Cazotte, lo cual contribuye también a su decaimiento.

Nicole, puestos a hablar de ella, es una mujer alta, delgada, con ese físico un poco chapado a la antigua que suele asociarse a la función de archivera, lo que encaja de maravilla porque es archivera, y desde hace meses le está echando los tejos y lo persigue por todas partes en el banco como si él fuera el mismo Marqués de Sade. Convencido de que se trata de una fascinación pasajera, Cooper se esfuerza en tratarla con miramientos y tolerancia, al tiempo que busca cada vez que puede una buena excusa para darle esquinazo y dejarla a solas con Deniseau.

Cuando no tiene a nadie con quien hablar, y para mantener el tipo, Cooper se sumerge en la lectura de las notas de servicio y de las postales clavadas en el tablón de anuncios. Marie-Claude y Philippe piensan todos los días en sus colegas a la sombra de los cocoteros, mientras Denise Lervin, en la siguiente postal, amenaza con quedarse en las Islas Cícladas. No caerá esa breva. También le da —pura desidia— por pasar en revista las jardineras plantadas de papiro, los ficus enclenques y los helechos en tiesto, y sentirse como un ser

en vías de vegetalización dentro de la empresa. Lo que sería, bien mirado y como poco, una buena manera de poner punto final a sus preocupaciones.

La llegada de la señorita Kaltenbrenner a las once en punto hace que se acaben sus meditaciones y le obliga de inmediato a regresar al puesto de trabajo. Se trata de una virago de formas impresionantes, que hace las veces de directora adjunta, y que Cooper evita cuidadosamente cruzar en su camino como si ella fuera un iceberg y él una pequeña embarcación ligera. Pero la aparición de uno u otro de los colegas que no lo traga —y que por eso se convierte en aliado objetivo de la señorita Kaltenbrenner— puede perfectamente llevarle, en un reflejo totalmente pueril, a esconderse en el refundido y a quedarse allí con los brazos cruzados hasta que deje de haber moros en la costa.

Sin embargo, él es la misma persona, aparentemente tan poco sociable, que algunas horas después, una bonita tarde de primavera, querrá a toda costa llevar su colada a una lavandería automática —y eso que tiene lavadora nueva en casa, en la cocina— sólo para compartir la compañía de dos o tres solterones como él, tan taciturnos como él, con los cuales fumará un pitillo mientras miran cómo dan vueltas

sus camisas detrás de la ventanita, como si de repente hubiera regresado a su tarde.

Una heroína de Robert Bresson

AL REGULAR CON CUIDADO LA FOCAL DE SU MEMORIA, Cooper percibe a una adolescente —debe de estar en penúltimo curso de bachillerato— de piel muy pálida y unas pecas en la nariz, en frente de él, apoyada en la pared, con aspecto tristón y unos pechos turgentes, a la manera de la heroína de una película de Robert Bresson. Mientras él le coge las manos, ella lo mira sin decir nada, con una expresión medio sorprendida, medio divertida. En ese momento desconoce que ésa va a ser la gran cuestión de su vida.

Trivial con doce o trece años, la belleza exponencial de su hermana ya había hechizado a más de uno, y el vecino del edificio, Jacques Richon —cuarentón y bala perdida— intentó raptarla varias veces en su Alfa Romeo de color rojo

y se había arruinado comprándole regalos varios. Él fue la primera víctima oficial de Louise.

En cuanto a Cooper, que durante años salió con una colegiala espigada, que estaba amorrada a la tele todo el santo día, tuvo de pronto que revisar su opinión. Pasando de un extremo al otro, decidió unilateralmente que su destino quedaba trazado: él sería el faraón y su hermana la esposa del faraón.

En virtud de los poderes que me otorga la ley, os declaro marido y mujer. Ya podía su madre intervenir, pedir la anulación, remover cielo y tierra, debería al cabo inclinarse ante los hechos consumados.

Pero Louise tenía por lo visto otras prioridades. Mientras él seguía sus estudios en París y se consumía esperando, ella, olvidando las promesas, se medio enamoró de un tal David —un fantasmón de último curso de bachillerato, sección administrativa—, y luego de un tal Daniel y de un tal Jeremías. Es lo que se conocerá como su período bíblico.

Su hermana, convertida en una sorpresa permanente para la familia, atravesó luego un período «destroy» en el que, vestida como un escándalo ambulante, llevaba a casa a motoristas algo embebidos de alcohol, que debía de encontrar

en algún anticuario. Desaparecía con ellos durante dos o tres días y volvía de sus excursiones agotada pero encantada de la vida, enriquecida en experiencias varias.

Cooper, que no quería ver en todo esto más que un ritual iniciático —ella tenía en definitiva sólo diecinueve años—, se reservaba sus comentarios y esperaba con paciencia que le llegara su turno. La había animado a apuntarse en la Facultad de Bellas Artes, la llevaba regularmente a la Filmoteca, le hacía leer a los grandes autores americanos y evitaba —en relación con su vida sentimental— cualquier actitud que hubiera podido calificarse como intervencionista. De manera que, engañado por esa neutralidad bonachona, su hermana se creyó a partir de aquel momento autorizada para hacerle confidencias, que con mucho gusto él se habría ahorrado.

Ese juego agotador duró varios años; incluso en la época en que vivían juntos. Pues, a pesar de haberse quemado cientos de veces, Louise tenía un gusto incorregible por los primeros encuentros y las aventuras calamitosas. Sólo que ahora se trataba de hombres casados, con los cuales la diferencia de edad iba en aumento, y sus problemas aumentaban en igual proporción. Por su culpa, un médico

había abandonado a su mujer e hijos, un ingeniero se había exiliado a Chile, otro se había hecho cura. Para cada uno de ellos es como si la desilusión se hubiese convertido en una iluminación.

En realidad, en la base de estas reacciones está menos el encanto y la juventud de Louise que su excepcional resistencia o su excelente negatividad. Como si bastara con acercarse a ella para que un hombre basculara de pronto en el sufrimiento y la poesía. (Cooper se pregunta todavía hoy cómo se las arregló para no escribir tomo tras tomo.)

Hasta el momento en que se invirtieron misteriosamente las reglas del juego y fue ella la que, a su vez, basculó. Una tarde que estaban juntos, en el boulevard des Italiens, ella le mostró de pronto las ventanas iluminadas de un apartamento en el que vivía un hombre que acababa de dejarla. Como él ni parpadeó, ella le susurró al oído que le gustaría hacerse pequeña, pequeña para poder entrar en su casa y sentarse al borde de su cama: ella no le molestaría, se contentaría con mirarlo dormir con su mujer, y amarlo una última vez antes de que la encerraran.

Cooper creyó sinceramente que eso era lo que iba a ocurrir. Razonar con ella, convencerla de hacer un largo viaje,

reunir el dinero suficiente para el viaje, fue cosa de un día, quizá de dos.

Luego, el tiempo se computó en años, pero eso es algo que él no podía prever.

Las fotos

COOPER POSEE —es un pequeño capital dentro de su miseria— un centenar de fotos de su hermana, clasificadas cuidadosamente por épocas y guardadas en un cajón bajo llave. Fotos en las que se la ve jugar al balonmano en el patio de la escuela, esquiando en Serre-Chevalier, posando delante de la entrada de su edificio en pantalones de cuero y con gafas de motorista, o leyendo una novela de Philip K. Dick en la terraza de un café de Niza. Incluso hay algunas en las que están juntos los dos, adosados al muro de un almacén, hombro contra hombro —fue en Douarnenez—, o sentados en un banco, con sus raquetas de tenis encima de las rodillas, y en las que su hermana, a su lado, parece tan confiada, tan jovencita, que a él se le pone la piel de gallina.

Uno tiene la sensación, viendo todas estas fotos, de que Cooper sólo tiene que estirar el brazo y servirse a voluntad durante esas tardes en las que se siente solo. Sin embargo, no lo hace casi nunca. Sin duda porque su hermana es una presencia y no una imagen. Y a una presencia no se la convoca, como tampoco a una emoción: viene, por el contrario, cuando uno menos se lo espera.

Por ejemplo, cuando habla en los pasillos del banco con Deniseau o Masséna, y de golpe pierde el hilo de lo que estaba diciéndoles; o bien cuando participa en una reunión de trabajo, y los resultados son malos, y todo el mundo está que no puede más y él mira discretamente por la ventana y sus piernas tiemblan de felicidad; eso ocurre porque su hermana acaba de acordarse de él.

Cuando deambula por la tarde a través del barrio en busca de un estanco abierto y se queda clavado delante de un par de bicis apoyadas a una verja, y el cielo parece de repente tan claro a través de la verja... es ella una vez más la que está pasando por allí.

En la última foto que Cooper tomó de ella, antes de su partida —que es por cierto la única que ha puesto en lugar destacado en su despacho—, su hermana está sentada de

lado en el tresillo, con falda y unas medias grises, y con una sonrisa un poco forzada, porque es obvio que ella ya no está allí. Sólo se ven sus anchos ojos proyectándose hacia el aparato como una serie de adivinanzas de cara al futuro.

Desde entonces él se ha visto condenado a buscar las respuestas.

La telaraña

EN EL DESIERTO DE SU VIDA DE EMPLEADO DE BANCO, también podía aparecer una muchacha como una ventilación inesperada, antes de eclipsarse cinco o seis meses después tan rápidamente que apenas habían tenido tiempo de intercambiar unas pocas palabras anodinas, a veces una sonrisa; pero siempre ocurría así: Cooper, como avezado consumidor, había aprendido a contentarse con poco.

Con Lucie, no obstante, fue más complicado. Lucie Simoni, que trabajaba tan pronto en recepción como en documentación, era una morenaza esbelta con unos ojos tan claros que parecía una musa detrás de la mesa, pero una musa que hubiera renunciado a sus atributos para convertirse en una simple mortal, servicial con todos, nada altanera ni exhibicionista,

como si no deseara nada tanto como hacer olvidar sus orígenes. En cualquier caso, entre las recién incorporadas, era sin duda la que más comentarios suscitaba en los despachos; hasta el punto de que en la cafetería los hombres se retorcían el cuello como en un dibujo animado. Todos salvo Cooper.

La había visto a veces por aquí o por allá, pero sólo le había prestado una atención discreta. Capturado por la ternura de las mujeres como en una telaraña —su hermana había colocado el primer hilo—, por puro derrotismo había llegado a buscar exclusivamente la compañía de las colegas más indiferentes desde ese punto de vista. Y además, aparte de que no quería ser el hazmerreír del banco, todas esas aventuras con agentes temporales o becarias con que la gente tanto se llenaba la boca le parecían demasiado «amores de segunda categoría» como para que no los considerara más que estereotipos de clase, algo en el fondo bastante repulsivo. Es lo que Cooper pensaba sinceramente. Hasta el día en que Lucie posó su mirada mitológica, a la salida del ascensor.

La misma escena se repitió, extrañamente, al día siguiente y en el mismo sitio. Él, que estaba convencido de que no le ocurriría ya nunca nada en la vida, se sorprendió cambiando de opinión y revisando sus ambiciones al alza. Al tiempo que

evitaba hacerse ilusiones excesivas y ponerse a hacer cualquier tontería. Su ego reavivado al máximo logró una moratoria de algunos días, durante los cuales se prohibió formalmente volver a ver a la nueva becaria y permaneció encerrado en el despacho. Y eso que no había existido ni la más mínima sospecha de interacción entre ellos.

Cuando quedó claro que necesitaba verla imperiosamente y empezó a ablandarse como un bobalicón, Cooper tomó él mismo la iniciativa de un encuentro en la cafetería entre la una y las dos. Lo cual no era moco de pavo para alguien tan parado como él. Para acabar de arreglar las cosas, ese día Lucie Simoni llegó escoltada por una tal Amandine —una pelirroja de carita infantil de lo más desvergonzada— que se pasó el rato dándole codazos a su amiga, como si se estuviera aguantando la risa. Cooper, que no veía dónde estaba la gracia, la miró de arriba abajo y ella dejó de inmediato el juegucito. Pero Cooper no se había ganado una aliada precisamente.

La vez siguiente, como estaban por fin solos y Lucie había aludido a un especie de estudios de letras, Cooper se envalentonó mientras removía su café y le preguntó si le gustaban los cuentos de Chéjov, a lo que se le respondió que no. ¿No? No.

Estaba por intentar una apertura por el lado de Tolstói o Turguéniev, cuando se dio cuenta, por su crispación, de que o bien ella era monosilábica o era rusófoba, y que empezaba a estar hasta las narices de él. Lo que no les impidió que al despedirse se dieran un beso en la mejilla, como si tal cosa.

Cooper, que entretanto se había informado, se enteró de que Lucie Simoni salía en ese momento con Jean-Marie Gagnel, el «número 2» del banco —poco dado a compartir por lo visto—, y que él a su vez era el sexto de una lista de espera en la que estaban hasta hace poco —las sorpresas se encadenaban— el señor Tottin y el señor Lartigaud. Como si aquella chica no tuviera más objetivo en la vida que el de excitar a sesentones emotivos. De todos modos, Cooper tuvo en ese momento el presentimiento de que él formaría parte de la siguiente remesa.

Con motivo de la velada organizada por el comité (la peor velada con baile en la historia del banco), pudo por lo demás comprobar, sentado en su rincón, que aún había retrocedido dos lugares, ya que esa velada el protagonismo recayó en el señor Biatte y en el señor Caseau —que bailaban como patos mareados—, mientras Lucie, vestida de rosa como una patinadora de *Holiday on Ice*, se bamboleaba

delante de ellos extendiendo a su alrededor feromonas de hembra atractiva.

En éstas, Nicole Cazotte —tras la tesis, la antítesis— se acercó amablemente a su mesa y le propuso que bailaran juntos, y Cooper, al verla tan convencida, se acercó a la pista con ella. Pero desde el punto de vista emocional era como si bailara con los señores Tottin y Lartigaud.